

## Un nuevo libro sobre cultura cubana

**Denia García Ronda**

*Profesora y ensayista. Revista Temas.*

La permanencia del interés académico por la cultura cubana en los Estados Unidos es un hecho innegable y significativo. Las razones de ese interés son tan variadas como los propios estudios y estimativas; pero lo cierto es que desde los mismos inicios del proceso revolucionario cubano hasta hoy, con énfasis en el período posterior a la caída del campo socialista, Cuba ha estado presente en las líneas investigativas de la mayoría de las universidades y centros, y en los acercamientos críticos de muchos especialistas. En ello se destaca el Bildner Center for Western Hemisphere Studies, que durante más de veinte años ha organizado coloquios, conferencias y otros eventos sobre diversos temas relacionados con Cuba. Es precisamente a partir de uno de ellos —*A Changing Cuba in a Changing World*, celebrado en marzo de 2008— que está conformado *Cultura y letras cubanas en el siglo XXI*\* que compiló y prologó la profesora e investigadora Aracely Tinajero, especialista en literatura latinoamericana y cubana.<sup>1</sup> Para ello seleccionó dieciocho de las ponencias presentadas,<sup>2</sup>

que mayoritariamente tocan distintas manifestaciones de la cultura artístico-literaria.

El volumen está estructurado en dos partes. La primera, que llama «Cultura» —excluyendo del término a la literatura—, está, a su vez, dividida en dos secciones: una dedicada a la música y las artes visuales, donde se halla la mayor diversidad temática, por las muchas manifestaciones que caben en estas últimas (pintura, gráfica, cine, fotografía, etc.), y otra donde se amalgaman un texto historiográfico, una reflexión —a partir de obras literarias, cinematográficas y musicales—, sobre mujeres de la ex Unión Soviética residentes en Cuba; y un ensayo sobre la evolución y funciones actuales de la Biblioteca Nacional José Martí. La segunda parte, dedicada por completo a la literatura, también se estructura en dos apartados: el que recoge textos críticos sobre obras de los últimos veinte años y el que incluye estimativas acerca de producciones anteriores, bajo el rubro «Relecturas». En el primero de estos acápite están ensayos sobre Reinaldo Arenas, el tratamiento del exilio y la emigración en la literatura cubana, el reflejo del jineterismo en las obras literarias, la ciudad de La Habana como espacio simbólico, y

\*Aracely Tinajero, ed., *Cultura y letras cubanas en el siglo XXI*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid/Frankfurt del Meno, 2010.

otros que tendremos oportunidad de comentar, ante la imposibilidad de abordarlos todos.

A tal diversidad temática y de manifestaciones culturales se suma la de enfoques, según, como es lógico, la experiencia, ideología y dominio de la obra o fenómeno que comenta cada autor. Lo mismo puede decirse en cuanto a la diferente calidad de los textos que recoge el volumen; desde un excelente ensayo, como «Fotografía, cine y modernidad en *Jardín*. Una nueva lectura sobre la novela de Dulce María Loynaz», de Alexander Pérez Heredia, hasta otros que presentan lamentables errores que sugieren poca o mala información sobre las obras comentadas y su contexto. Uno de esos casos es el del ensayo «En el 400 [sic] aniversario de *Espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa», de Raúl Marrero-Fente, cuando confunde a Ramón de Palma (narrador y crítico cubano del siglo XIX) con Ricardo Palma (el autor de *Tradiciones peruanas*), y a José Antonio Echevarría, el descubridor del manuscrito de *Espejo...* con Esteban Echevarría, el escritor argentino considerado uno de los iniciadores del romanticismo (p. 278). Tales confusiones afectarán seguramente el entendimiento de lectores no avisados, aún más cuando en la Bibliografía ambos autores aparecen con sus nombres correctos.

Por otra parte, en «*La hija de Cuba: Gertrudis Gómez de Avellaneda y la novela del siglo XX*» de María C. Albín, hay varias cuestiones que la autora pasa por alto y que seguramente tienen que ver con la selectividad que, en cuanto a la literatura cubana, se aprecia entre los estudiosos de los Estados Unidos y de otros países, por diversas causas, entre estas el desconocimiento de mucho de lo que se publica en la Isla, quizás por la dificultad de las editoriales cubanas de insertarse en el mercado mundial del libro. A pesar de que, como dije al principio, existe un sostenido interés de la academia norteamericana por las obras de autores cubanos, tanto de los residentes en el territorio nacional como de los emigrados, solo una parte de lo producido en Cuba es conocido y valorado por ella. Así, Albín afirma que «*La hija de Cuba*, de María Elena Cruz Varela, es la primera novela contemporánea que rescata y ficcionaliza la figura de una de las más importantes escritoras de las letras hispánicas en el siglo XIX: Gertrudis Gómez de Avellaneda», (p. 231) con lo que desconoce u obvia las dos novelas que Mary Cruz escribiera sobre ella: *Niña Tula* y *Tula*.<sup>3</sup>

Tampoco alude la autora de la reseña a la cercanía temática y argumental entre la novela de Cruz Varela y la de Leonardo Padura —*La novela de mi vida*— publicada varios años antes, que trata sobre José María Heredia.<sup>4</sup> Por las informaciones del artículo (desconozco la obra de Cruz Varela) se puede apreciar que se trata, como en la de Padura, de personajes actuales que se vinculan, respectivamente, con uno de los dos grandes poetas cubanos del siglo XIX, los que, dentro de la ficción,

cuentan «la verdadera historia» de sus vidas, a partir de manuscritos perdidos en el tiempo, hallados por jóvenes del presente. Hay en las dos obras un «juego de espejos» en que los personajes actuales reconocen, a medida que investigan los documentos encontrados, aspectos de su propia vida y sentimientos coincidentes con los de sus objetos de estudio. Ambas se basan en documentación histórica y en cada una hay reflexiones sobre los acontecimientos que marcaron la vida de Heredia o de la Avellaneda.

Un tercer caso que denota desconocimiento —esta vez mucho más desconcertante— es el texto «La Biblioteca Nacional José Martí: historia y nuevas corrientes sociopolíticas de una institución cultural», de Carlos Riobó, cuyo autor parte de premisas falsas sobre la realidad cultural y aun de la geografía política y demográfica del país. Al cuestionar el sistema cubano de bibliotecas públicas, en especial la organización y función de las provinciales —a las que considera simples tributarias de la Nacional—, supone un escenario donde La Habana es el único espacio urbano y «culto», y todo lo demás áreas rurales, de cultura oral.

La tesis con la que concluiremos —dice el autor— es que los sistemas culturales de La Habana y de una provincia típica de la isla eran distintos, dispares y sistemas cerrados durante el proyecto de creación de bibliotecas provinciales. El acto simple de alfabetizarse ya compromete una cultura rural, cuando esa cultura era anteriormente oral y transmitida a través de generaciones. (p. 171).

Aunque es innegable la diferencia, en cuanto a nivel de desarrollo cultural, en ese período, entre La Habana y el resto de las provincias cubanas, la existencia de importantes bibliotecas, desde el siglo XIX, en ciudades como Matanzas, Santiago de Cuba, Cienfuegos, Santa Clara, por citar solo algunas de las que hoy son capitales provinciales, indica, a simple vista, el carácter urbano de su cultura, la cual ha sido desde entonces —sin negar la de transmisión oral, propia de cualquier sociedad en cualquier estadio de desarrollo—, tan libresca como la de La Habana. Por otra parte, durante la Campaña de Alfabetización dejaron de ser analfabetos cerca de un millón de cubanos. El resto (cinco millones) ya sabía, al menos, leer y escribir, y la enorme mayoría de estos no vivía en La Habana. Calificar de cultura ágrafa la de las provincias cubanas —en especial la de las ciudades cabeceras que es donde se ubican las bibliotecas provinciales— antes de la alfabetización es, cuando menos, un error de bulto, y más suponer que esta y la posibilidad de contar con un servicio bibliotecario compromete su cultura.<sup>5</sup>

Dentro de la diversidad de propósitos ideotemáticos y de estilos en el libro que reseño existen ciertas comunidades entre la mayoría de los textos. Una de ellas es la jerarquización del acercamiento sociológico y/o

político a las obras que tratan sobre arte o literatura. Apenas hay análisis textuales, en cuanto a estructura, lenguaje, y otros recursos. Las interpretaciones se basan, por lo general, en la relación que puede existir, para el crítico, entre la obra y la realidad cubana actual, sin entrar en los planos compositivo y expresivo. Una de las excepciones de esto es el texto citado de Alexander Pérez Heredia y otra —independientemente de que estemos o no de acuerdo con todas sus apreciaciones—, el de Ilka Kressner «Identidades por negociar: la presentación de la piel humana en la fotografía de René Peña». En ambos, se aprecia una hermenéutica integral desde los lenguajes literario y artístico respectivamente. No es cuestión de pretender análisis endógenos, sin diálogo con el contexto sociocultural, cosa que sería estéril desde el punto de vista comunicacional; pero el arte y la literatura tienen sus propios caminos de relación con la realidad contextual, que no se limitan a lo ideotemático, y que en este libro apenas son recorridos.

Otro texto excepcional, según mi criterio, es «Hacia un entendimiento mejor de la cultura literaria en la Cuba revolucionaria», de Par Kumaraswami y Antoni Kapcia; ensayo teórico, basado en principios y categorías de los estudios literarios, en el que se destaca la objetividad de sus reflexiones, la claridad de sus argumentos y, sobre todo, la definición de las causas de acercamientos fragmentarios o incompletos a la literatura cubana posterior a 1959. Dicen los autores:

Los que estudian la relación entre la Revolución cubana y la cultura suelen seguir dos pautas típicas: se enfocan en lo específico (textos, autores o crisis específicas) o las examinan con un lente particular y predeterminado. Sin embargo, lo que falta es un análisis del contexto más amplio de esta relación, o sea, un estudio de la cultura literaria cubana, entendiendo por esta la compleja red de relaciones, decisiones, comportamientos, actitudes, políticas y procesos que se han desarrollado alrededor de las instituciones y los circuitos de producción, la promoción, la regulación, la distribución y la recepción de la literatura. (p. 178).

Para ejemplificar lo que sugieren como función de la literatura en Cuba, se basan en la Feria Nacional del Libro, su evolución y sus características actuales y, sobre todo, el papel del escritor como protagonista y también el del lector como «agente activo en los procesos de valorización de la literatura» (p. 190).

Otra de las identidades que presenta una buena parte de los enfoques es ver muchas de las obras comentadas —si están producidas en la Isla— como «respuestas» o manifestaciones de «resistencia» a una supuesta o real política oficial cubana; con lo que reducen la compleja relación Estado/artista a una simple razón binaria; califican implícitamente al sistema como represivo, y proyectan actitudes individuales o de grupo hacia la mayoría de los escritores y artistas cubanos, que se

dividirían solo en «oficiales» y «contestatarios». Como bien dicen Par Kumaraswami y Antoni Kapcia en el texto antes comentado,

[el] problema [...] radica en el enfoque tradicional basado en la figura del escritor individual, siempre visto en términos del escritor *contra* el Estado, el comunismo o la represión cultural. Según esta visión, el escritor individual se convierte en opositor supremamente activo o víctima sumamente pasiva del Estado y sus mecanismos de restricción y reproducción. (p. 178).

Algunas de estas valoraciones se pueden aplicar, por ejemplo, al texto de Rafael Rojas «El debate historiográfico y las reglas del campo intelectual en Cuba», que tiene, por otra parte, la virtud de hacer un recorrido por gran parte de la historiografía cubana, tanto de la escrita en la Isla como fuera de ella. En su texto, Rojas comienza por responsabilizar al marxismo-leninismo y al nacionalismo revolucionario de «la crisis de la producción historiográfica cubana» hasta mediados de los años 90, y de «lagunas» en el estudio de zonas históricas —«el período del Pacto del Zanjón (1878-1895), el autonomismo, el anexionismo, la ocupación norteamericana (1898-1902), la primera (1902-1933) y la segunda República (1940-1952), los exilios y las prácticas subalternas»— y asegura que «hoy son zonas ampliamente exploradas desde múltiples referencias metodológicas y teóricas, dentro y fuera de la isla» (p. 131). En mi criterio, esa formulación puede suscitar dudas sobre su verdadero sentido. ¿Se trata, como sería deseable, de criticar la sola apelación a las categorías del marxismo o la aplicación dogmática o doctrinaria de estas en el estudio de esas «zonas», sin tener en cuenta las vías específicas de la disciplina, o piensa que un enfoque marxista o nacionalista deslegitima, de entrada, los acercamientos históricos a ellas? ¿Incluye los enfoques marxistas y/o nacionalistas entre esa posterior multiplicidad de referencias a que alude, o los desautoriza?

Acierta el autor en considerar la mayor amplitud y diversidad metodológica en los estudios históricos a partir de los 90, en lo que mucho tienen que ver las nuevas posibilidades de investigación y de publicación de sus resultados en revistas fundadas en la época, y la extensión de los abordajes a la historia social,<sup>6</sup> pero no hay que obviar lo realizado antes. En realidad, como ha demostrado Jorge Ibarra en varios textos,<sup>7</sup> en los años 60 se creó en Cuba un clima de libertad creativa y de revalorización de prácticamente todas las etapas de la historia cubana, ambiente que se retoma en los 80, después del período oscuro de los 70, cuando se intentó —y se logró en gran proporción— cautelar la producción historiográfica, y se tomaron medidas que afectaron a varias instancias relacionadas con los estudios históricos, y en especial a obras de diferentes autores, muchas de las cuales, no obstante,

tenían una clara orientación marxista. Aun así, en los 70, aparecieron en Cuba libros de historiadores tan importantes como Manuel Moreno Fragnals, Julio Le Riverend, Oscar Zanetti, Juan Pérez de la Riva, Jorge Ibarra, María del Carmen Barcia, Pedro Dechamps Chapeaux, entre otros, con textos indispensables para la historiografía cubana.

Rojas habla, cuando comenta cada una de las «zonas» que selecciona para su exposición, de reacciones de «la historia oficial», ante «la historiografía crítica» y las revalorizaciones que esta realiza sobre determinados temas. Para el crítico —al menos en este texto—, esa historia oficial no se manifiesta, como se esperaría, en documentos o discursos de dirigentes políticos, sino en la obra de algunos historiadores. Según sus apreciaciones, el hecho de que, por ejemplo, estos consideren el autonomismo como antinacional y antipatriótico es «un viejo enfoque», y no una interpretación valorativa de sus objetivos y acciones, que no por ello deja de reconocer los aspectos positivos de esa tendencia acerca de su crítica a la política española en Cuba o sus aportes al desarrollo de la cultura cubana.

Sobre el período republicano hasta 1958 (no hay que olvidar que, desde 1902, Cuba nunca ha dejado de ser república), el autor reconoce los diversos estudios que enfocan, a partir de la transformación de los estudios culturales, «la visibilidad de sujetos heterogéneos como actores de la historia» (p. 137), y la revaloración de aspectos y personalidades; pero insiste en la división entre lo que llama «la ideología oficial» —representada, para él, en la obra de algunos historiadores— y la académica, supuestamente desautorizada por la primera.

La ideología oficial desautoriza o desconoce la revaloración historiográfica de la República con el argumento de que la oposición, el exilio y el gobierno de los Estados Unidos desean una «restauración» del antiguo régimen o una anexión de la isla a su gran vecino. (p. 138).

Aparte de la simplificación de un asunto tan complejo como las relaciones de Cuba con los Estados Unidos —cuya influencia en los estudios históricos, de cualquier matiz ideológico, el autor no destaca—, esa desautorización cae por su propio peso cuando se aprecia los trabajos académicos publicados en Cuba, que, por cierto, no son solo de cubanos, residentes o no en la Isla, sino de muchos estudiosos de otras nacionalidades.<sup>8</sup>

A pesar de la heterogeneidad de los textos recogidos —lógica en eventos como el que le sirve de fuente—, un volumen como *Cultura y letras cubanas en el siglo XXI* es útil y necesario no solo por la difusión de la creación intelectual cubana, mediante su recepción crítica, sino que da pie al mayor conocimiento de los estudios sobre ella, así como al debate o al diálogo entre los que en la Isla y en otros espacios socio-culturales se interesan en temáticas, disciplinas, obras, corrientes, relacionadas con Cuba. A partir de libros como el que comento se hace diáfana la necesidad de esos intercambios de opiniones e ideas, así como del acceso de unos y otros a lo que se publica sobre la cultura cubana, vista esta en su sentido más amplio.

## Notas

1. Entre sus ensayos está *El lector de tabaquería*, Mención honorífica del Premio Casa de las Américas, en 2007.
2. Según la compiladora, «la conferencia abarcó tal magnitud que hubiera sido imposible reunir todas las ponencias en un solo volumen» («Introducción», p. 15).
3. Mary Cruz, *Niña Tula*, Letras Cubanas, La Habana, 1998; *Tula*, Letras Cubanas, La Habana, 2001.
4. Leonardo Padura, *La novela de mi vida*, (Premio Internacional de novela Casa de Teatro; República Dominicana, 2001), Ediciones Unión, La Habana, 2002. Hay edición española anterior.
5. Otro error, de menor importancia, es considerar que el Consejo Nacional de Cultura era dirigido por María Teresa Freyre de Andrade. La doctora Freyre dirigió la Biblioteca Nacional y realizó una extraordinaria labor metodológica y bibliotecológica en beneficio de toda la red de bibliotecas de la Isla.
6. La situación de estos estudios y sus proyecciones aparecen en Oscar Zanetti, «La historiografía social en Cuba», *Temas*, La Habana, n. 1, enero-marzo, 1995, pp. 119-28.
7. Véase, por ejemplo «Historiografía y Revolución», *Temas*, ed. cit., pp. 5-17.
8. Rojas no repasa, o al menos no referencia, los sendos *dossiers* que la revista *Temas* incluyó en dos números extraordinarios (22-23 y 24-25) referidos a la República de 1902-58.